

Envejecimiento y género: otras perspectivas necesarias

Anna Freixas
Universidad de Córdoba

El eje central de este artículo gira en torno a la necesidad de que desde la investigación y la teoría evolutiva se conceptualice el envejecimiento como algo radicalmente diferente para hombres y mujeres, en la medida en que las experiencias y vidas de unos y otras determinan en la vejez, una situación personal y vital claramente opuesta. Por otra parte, se analizan elementos como la tendencia a homogeneizar a las personas mayores en un todo que ignora su diversidad, el énfasis en la visión negativa sobre el envejecimiento y los estereotipos discriminatorios acerca de las personas mayores. En el artículo se lleva a cabo, también, una reflexión acerca de la evolución de los roles tradicionales a lo largo de la vida, sobre la salud y la menopausia como percepción personal y sobre la historia económica de la mujer como determinante de la preocupante pobreza de la población mayor femenina.

Palabras clave: Envejecimiento, género, estudios de las mujeres.

This paper focuses on the need for developmental research and theory to consider aging as something radically different in men and women, insofar as the experiences and lives of both sexes determine a set of personal circumstances in old age which are diametrically opposed. Moreover, the paper analyses other features such as the tendency to treat the elderly as an homogenous group ignoring their diversity, the overridingly negative view of aging, and the stereotypes of the elderly. The paper also considers the evolution of the traditional roles throughout the life-span, health and the menopause as personal constructs and the economic history of women as a determining factor in the alarming levels of poverty in the elderly female population.

Key words: Aging, Gender, Women's studies.

En este artículo quiero plantear algunos de los temas que, desde la perspectiva de las mujeres, son significativos para la explicación del proceso de envejecimiento en una sociedad, hoy en pleno cambio, en la que las relaciones de edad y género suponen un marco fundamental que con demasiada frecuencia es soslayado por la investigación y la teoría. El envejecimiento se suele tratar desde dos planteamientos sesgados: 1) partiendo de la consideración de que hombres y mujeres envejecen de forma similar, por lo que se analizan estos procesos de forma indiferenciada para ambos sexos y 2) reconociendo diferencias específicas entre los sexos en el envejecimiento, pero enfatizando, como explicación cuasi única, algunos aspectos como pertenecientes específicamente a cada uno de ellos. En el caso de la mujer se hace hincapié fundamentalmente en la menopausia y el nido vacío, que reducen los procesos vinculados al envejecimiento a un tema de reproducción, sexo y maternidad, limitando el ser mujer a las asignaciones de rol más profundamente patriarcales, y en el caso del hombre, se consideran habitualmente la jubilación y el uso del tiempo libre, lo cual supone una asignación al mundo público que reproduce los estereotipos tradicionales.

En el estudio del envejecimiento frecuentemente se ha utilizado el enfoque de «juntar y mezclar» (Anderson, 1983; Dressel, 1991), según el cual la edad y el sexo se tratarían como meras variables independientes y aditivas. Este enfoque resulta insensible a los procesos interactivos, al pasar por alto el sesgo que el género supone en la explicación del envejecer. No es lo mismo envejecer siendo hombre que siendo mujer. Por lo tanto, para que la edad y el género se integren por completo en la teoría, es necesario reconceptualizar el género, en vez de añadirlo a las teorías establecidas, de tal manera que ambos elementos se consideren fundamentales en la explicación de los procesos psicológicos de las personas, de sus recursos para afrontar las últimas etapas de la vida y de los factores de la organización social que constituyen la plataforma de base para que tales procesos se den equilibradamente. Hace falta una teoría que examine las restricciones que pesan sobre la vejez (sobre todo las relativas al género) y las estrategias individuales y colectivas que las personas ponen en marcha para afrontarlas. Una teoría, en definitiva, basada en una investigación no sesgada, en la que el género y la edad den cuenta del significado de los procesos psicológicos de las personas.

Estos enfoques, que se limitan a añadir la edad y el género a la teoría antecedente, pasan por alto cuestiones relevantes para las personas mayores; razones semejantes han llevado a las teorías feministas a tratar de integrar en su conceptualización cuestiones que están siempre presentes en la vida de las mujeres. Las teorías del envejecimiento pueden aprovechar esta fórmula y tratar de plantear de otro modo los procesos individuales en el envejecer, teniendo en cuenta específicamente las relaciones de edad. Featherstone y Hepworth (1989) plantean lo que llaman la «desjerarquización y pluralismo de las culturas postmodernas», según la cual la edad cronológica puede ir quedando progresivamente desacreditada como indicadora de normas y estilos de vida inevitables, relacionados con la edad, mientras pueden ocupar su lugar nuevos valores significativos, como son el cultivo de estilos de vida que den mayor protagonismo a las personas mayores, disfrutando de actividades que en otros tiempos parecían inapropiadas para ellas y que les permiten participar como interlocutoras válidas en

la escena social, a partir del momento en que temas como la salud, la sexualidad y la vida doméstica pasen de la esfera privada a la pública, posibilitando una mejora en la posición de las mujeres.

En general las teorías del desarrollo adulto han prestado una atención nula a las diferencias sexuales, representando la experiencia y perspectiva masculina acerca del desarrollo. Muchos autores y, sobre todo, autoras han manifestado la necesidad e importancia de que se considere el desarrollo de los hombres y de las mujeres independientemente, aunque los datos sobre el desarrollo psicosocial de las mujeres son aún escasos. Hace ya algunos años diversas autoras como Barnett y Baruch (1978), Gilligan (1982) y Freixas (1991) han argumentado que las palabras de Erikson (1950, 1968) y Levinson (1978) —que proponen el desarrollo de la personalidad adulta a través de estadios unidireccionales, irreversibles, jerárquicos y universales en los que no se tienen en cuenta las diferencias individuales— no representan la experiencia de las mujeres. La falta de perspectiva en la mayor parte de los estudios sobre el desarrollo psicosocial de las personas adultas ha hecho hincapié en la edad cronológica como indicadora de los hitos más significativos del desarrollo adulto y la individualización y la autonomía como subyacentes al desarrollo.

Las conclusiones que se obtienen de estos estudios demuestran que las experiencias vitales de los hombres están íntimamente relacionadas con la edad cronológica, como una variable en la que se encajan continuas e ininterrumpidas series de acontecimientos, pertenecientes tanto a la esfera familiar como a la ocupacional. Este tipo de modelo no funciona en la vida de las mujeres, para las cuales la vida adulta implica una gran variedad de modelos de rol, no tan centralmente vinculados a la edad cronológica. En la vida de las mujeres pueden presentarse numerosas combinaciones de profesión-matrimonio-criaturas, con diferentes niveles de temporalización y compromiso que hacen que los roles de esposa, madre y trabajadora puedan adquirir significados diferentes en momentos determinados del ciclo vital, algo que no ocurre en la vida de los hombres cuya unidireccionalidad de los acontecimientos parece mucho más clara (Freixas, 1991).

El descubrimiento central que hace la investigación cuando estudia la vida de las mujeres es que la psicología del desarrollo de las mujeres no puede derivarse de la de los hombres. La diferente cronología de acontecimientos vitales entre unos y otras debe ser tenida en cuenta por la psicología, entre otras cosas porque el ciclo vital de las mujeres incluye muchas variables posibles que no se presentan habitualmente en la de los hombres y, con ello, importantes fuentes de posible dependencia, inseguridad y sacrificio. La diferente implicación en el mundo público y en el mundo privado supone sentidos de la vida completamente diferentes, por lo que el curso de las relaciones ejerce una mayor presión en el desarrollo de las mujeres que la edad cronológica.

La psicología evolutiva reconoce que los seres humanos son más diversos cuanto más avanzan en el desarrollo, pasando de una infancia, en la que el desarrollo está fuertemente canalizado, a una edad adulta en la que los individuos se caracterizan por su diversidad, derivada de las experiencias y los contextos diferentes en los que se han ido desenvolviendo. A pesar de ello, nos encontramos con la contradicción de que, ignorando tal diversidad, se homogeneiza a los in-

dividuos mayores en un amasijo en el que edad y género se confunden en un concepto de deterioro, pérdida y dependencia. Así pues, tradicionalmente la psicología evolutiva ha considerado a las personas mayores como un todo homogéneo. Frente a este concepto las teorías del ciclo vital han introducido algunos elementos fundamentales para la comprensión de la experiencia del envejecimiento que pretenden evitar ideas unificadoras, habitualmente negativas, como el carácter inevitable de la dependencia, la pérdida, el deterioro y la enfermedad. Para ello hacen hincapié en la diversidad de experiencias de las personas a lo largo de la vida, elemento que permite subrayar el papel de las vivencias de personas diferentes, considerando que los seres humanos, en vez de atravesar de forma previsible etapas fijas, se enfrentan a situaciones variables y plurales, multidimensionales y multidireccionales. Esta perspectiva permite una mayor sensibilidad a la pluralidad de experiencias en la vejez, documentando los problemas y conociendo cómo los afrontan las diferentes personas.

Homogeneizar a la gente mayor en función de su edad supone ignorar la enorme diversidad que existe entre las personas ancianas y pasar por alto la aportación efectuada por ellas a la vida y, además, oscurece su papel como apoyo al ejercer en trabajos voluntarios y en la atención informal que brindan sobre todo a su cónyuge y a la veindad (Arber y Ginn, 1990). Su aportación mediante su trabajo gratuito resulta hoy día tan imperceptible como lo era hace 20 años el trabajo no remunerado de las mujeres en el ámbito doméstico y en el cuidado de otras personas.

Por otra parte, la adopción de un enfoque menos unificador permite contrarrestar la fuerte tendencia a reforzar los puntos de vista negativos sobre el envejecimiento y el género. Así, en los estudios acerca del desarrollo en las últimas etapas de la vida, habitualmente encontramos una constante reiteración de la relación entre personas ancianas y dependencia, pobreza, desigualdad, deterioro y enfermedad. Perspectiva negativa que, en el caso de las mujeres, añade al temor con que se vislumbra el envejecer, el pánico de hacerlo perteneciendo a una parte de la población especialmente castigada por factores como la pobreza, la marginación afectiva, etc.

En 1969 Butler definió con el término *ageism* los estereotipos sistemáticos y discriminatorios contra las personas por el simple hecho de ser viejas. Este *ageism* se refleja en desdén y desagrado, e incluso, de forma sutil, evitando el contacto. Los estereotipos negativos más frecuentes sobre las personas mayores incluyen ideas como: enfermedad, impotencia, disminución de las capacidades mentales, fealdad, enfermedad mental, inutilidad, aislamiento, pobreza y depresión (Palmore, 1990). Además, Covey (1988) encontró que los términos que se usan para definir a las mujeres mayores tienen una historia mucho más antigua de connotaciones negativas que las que se refieren a los hombres. Según Butler (1993) el mejor antídoto contra esta actitud hacia las personas mayores es el conocimiento que proporciona la educación.

Roles tradicionales y entrecruzamiento en la segunda mitad de la vida

Al estudiar la vida de las mujeres adultas encontramos abundante literatura centrada en diversos tópicos que, en definitiva, lo que hacen es dramatizar las

transiciones que viven las mujeres socializadas en roles tradicionales; sin embargo, numerosas investigaciones desvelan algunas de las trampas en que se han visto envueltas las vidas de las mujeres mayores. Así pues, en el estudio llevado a cabo por Keith y Schafer (1982) se concluye que la realización indistinta de tareas tradicionalmente ligadas a cada sexo se relaciona con un mayor bienestar para las mujeres, pero no para los hombres. Este aspecto ya había sido defendido por Oakley (1974) al afirmar que el trabajo doméstico es esencialmente desagradable. Diversas investigaciones recientes indican que la mayoría de las parejas reciben con alivio la etapa del «nido vacío» (White y Edwards, 1990); que la ausencia de los hijos e hijas no es necesariamente problemática en la vejez (Connidis y McMullin, 1993) y que la aceptación de los roles tradicionales se correlaciona con índices de depresión en mujeres de mediana edad (Tinsley, Guest y McGuire, 1984). Si a esto unimos la idea de que las mujeres explican su recién descubierta energía y su socialización en la vejez en relación con la disminución de sus obligaciones familiares, podemos concluir que, para las mujeres mayores, librarse de dos de los elementos que el patriarcado ha considerado fundamentales para su felicidad y realización: la casa y la familia (ser esposa, madre y ama de casa) se relaciona con un mayor sentimiento de felicidad, mejora de la autoestima y bienestar psicológico; en contra de la explicación que ha pretendido demostrar que la vida del hogar era un refugio de seguridad psicológica para las mujeres.

Por otra parte, parece claro que en la segunda mitad de la vida se produce un entrecruzamiento de roles, según el cual las funciones asignadas a cada uno de los sexos se difuminan y van quedando definidas de forma menos marcada, de manera que los hombres se hacen progresivamente más dependientes y afectivos, mientras que las mujeres son más independientes y asertivas (Rossi, 1980 y Gutmann, 1987). La edad avanzada permite, pues, una reorganización de los roles de género en muy diversos sentidos. Utilizando el lenguaje de Carol Gilligan (1982) es la ética del cuidado y una identidad basada en la experiencia de interconexión la que puede dar a las mujeres una ventaja en la vejez. Así pues, las mujeres se benefician de los enriquecedores valores expresivos, incluyendo la interconexión y el cuidado, como parte del rol femenino. Otra ventaja que pueden tener las mujeres en el envejecer es su habilidad para verse a sí mismas y sus vidas como valiosas y significativas (Helterline y Nouri, 1994). Los valores de cuidado y conexión son los más importantes para las mujeres durante toda su vida y se mantienen en la vejez y se vuelven también más importantes para los hombres a esa edad. Lo cual indica que los valores de la vejez se hacen, a lo largo de la vida, cada vez más femeninos, mientras se muestran en recesión los más masculinos del trabajo y de la vida pública.

Menopausia y salud

En otras publicaciones Freixas (1992 a y b) hemos abogado por la necesidad de una nueva conceptualización de la menopausia como coyuntura en la que confluyen importantes variables de carácter psicológico, social, cultural y fisio-

lógico que explican y configuran la experiencia de las mujeres. Desde este planteamiento la investigación deberá descubrir y reformular las vivencias de las mujeres, con el objetivo de escuchar más de cerca «las diferentes voces de las mujeres» sobre la menopausia, a través del análisis de contenido del relato de sus propias experiencias.

A pesar de la fuerte campaña que laboratorios y clase médica llevan a cabo para medicalizar la menopausia, cargándola de numerosos temores, Cross y Lovett (1994) sugieren que la menopausia no es percibida por las 101 mujeres de su estudio como un «gran problema», sino, al contrario, éstas la ven como algo natural, normal y, a menudo, como una experiencia liberadora, como lo evidencia la mención frecuente del tema positivo de la libertad. Los resultados de las investigaciones de estos autores son consistentes con los hallazgos similares de McKinlay, McKinlay y Avis (1989), Kaufert y Gilbert (1986), Matthews, Wing, Kuller, Meihlar, Kelsey, Costello y Caggiula (1990) y Freixas (1992 a y b) y reta el estereotipo clínico de que la mujer en la menopausia —entendida ésta como una enfermedad deficitaria— experimenta un sin fin de síntomas. La menopausia está empezando a perder este estigma y ganando el reconocimiento de «importante acontecimiento de salud». En la autopercepción de la menopausia influye de manera importante la educación que proporciona mayores fuentes de información y recursos para afrontarla adecuadamente y también proporciona una posible preparación para esta experiencia. Los resultados obtenidos por Cross y Lovett (1994) sugieren que cuando se estudia la menopausia desde un marco de referencia positivo, cuando las mujeres comparten sus experiencias personales, éstas proporcionan respuestas muy diferentes a cuando se enfoca la menopausia desde un modelo teórico de enfermedad.

Fink (1988) sugiere que hay una serie de hechos que están en la base de la consideración de la menopausia como una enfermedad: la falta de una investigación médica de calidad, el gran número de médicos hombres y el uso del diagnóstico de «menopausia» para cubrir una amplia gama de quejas de las mujeres entre los 40 y los 65 años. «Como una bella capa, la menopausia todo lo tapa». Hay otros estereotipos que tienen una audiencia también notable, como la idea de que la menopausia es una crisis emocional o un periodo de inestabilidad gracias a los cuales se estigmatiza a las mujeres de manera despreciativa.

Dentro de las perspectivas de futuro que se vislumbran como necesarias podemos destacar la necesidad de aumentar la investigación con mujeres saludables, incluyendo estudios epidemiológicos de mujeres que experimentan un envejecimiento normal. Parece necesario, también, llevar a cabo otros trabajos que nos permitan determinar si la menopausia quirúrgica contribuye a un peor estado de salud y estudios sobre los efectos de los estereotipos de los profesionales de la salud en los cuidados prestados en la menopausia. Hacen falta estudios cualitativos que reflejen la experiencia de diferentes culturas en torno a la menopausia, con un énfasis en la postmenopausia, periodo en el que las mujeres entran en una segunda edad adulta o en la tercera edad. Todo ello puede contribuir a diseñar cartas de ruta para orientar a las mujeres que se encuentran en este periodo de cambio y desvanecer muchas de las ideas que en estos momentos li-

mitan su vida y las pretenden marginar en una sociedad donde el mito de la eterna juventud las excluye pronto del mercado del amor.

Salud percibida y educación

La salud es más que la ausencia de enfermedad. Numerosos estudios demuestran que a medida que aumentan los ingresos y la educación aumentan los índices de buena salud. Las personas con niveles más bajos de ingresos y educación tienen tasas más altas de enfermedad y muerte temprana e informan de peores estados de salud. Por otra parte, numerosas investigaciones afirman que las mujeres que tienen trabajo remunerado presentan también mejores niveles de salud que las que no lo tienen, menos síntomas crónicos o agudos y, además, restringen menos actividades por enfermedad que las mujeres no empleadas (Hibbard, 1995). La educación tiene, pues, un efecto independiente, fuerte y poderoso, sobre el estatus de salud. La educación de que disponen las mujeres a lo largo de la vida se traduce en estrategias o mecanismos de afrontamiento que permiten una vida menos estresante y debilitadora, que son positivos en sus efectos sobre la salud y el bienestar. Más años de educación pueden generar un sentido de eficacia y control y la habilidad de utilizarlos de manera que vivan una vida más saludable (Hammond, 1995). Las respuestas aprendidas para hacer frente a la enfermedad a lo largo de la vida también son efectivas para afrontar la mayor incidencia de enfermedad que aumenta a medida que aumenta la edad. La autonomía en la toma de decisiones promueve un sentimiento de poder y autoestima que las mujeres mayores necesitan para mantener su integridad durante la enfermedad y en tiempos de adversidad.

Las difíciles relaciones entre mujer y dinero en la juventud se concretan en pobreza y dependencia en la vejez

Gracias a la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral cada vez hay más estudios acerca de la jubilación de las mujeres, pero sigue habiendo muchos elementos desconocidos acerca de cómo viven después de la jubilación. Muchas mujeres están hoy en el mercado de trabajo y empiezan a ejercer carreras poco tradicionales, algo que es positivo en la medida en que mejora su situación económica presente y futura. Sin embargo, hay un número alarmante de mujeres que viven y vivirán en la pobreza en la vejez. El tipo de participación en el mercado de trabajo es un predictor económico de la jubilación. Cuando se examina la vida laboral de las mujeres se comprende que las desigualdades del mercado laboral se convierten en desigualdades en la jubilación. Muchas mujeres están sobrerrepresentadas en ocupaciones mal pagadas; empleadas en trabajos discontinuos, a tiempo parcial, semicualificadas o simplemente no cualificadas, ocupando lugares de trabajo tradicionalmente femeni-

nos, que se caracterizan por su bajo salario, como contables, peluqueras, secretarias, vendedoras, asistentes, cuidando criaturas, etc., cuyas consecuencias en la vejez son la pobreza y el acceso limitado a los beneficios de los servicios sociales. Los ingresos de las pensiones reflejan los años pasados en un lugar de trabajo hostil que limita el acceso a ocupaciones igualitarias entre los dos sexos.

La explicación acerca de las diferencias en los ingresos de las mujeres cuando se jubilan hay que buscarla en diversos aspectos relacionados tanto con tal mercado laboral, como con la vida familiar. Entre ellos destacamos:

1) La *economía dual*, según la cual el mercado laboral, con respecto a las industrias, está dividido en dos sectores –el central y el periférico. En el sector central están las industrias del petróleo, acero, etc., con una alta productividad, trabajadores organizados, y altos márgenes de beneficio. Este sector central está rodeado por uno periférico, o de servicios, formado por restaurantes, estaciones de servicio, almacenes, tiendas, en los que se da mucha competencia comercial, poca productividad y una baja seguridad laboral. Los trabajadores y trabajadoras ganan más en el sector central que en el periférico. Las mujeres es más probable que estén empleadas en el sector periférico.

2) La *segmentación del mercado laboral* en la que el nivel de conceptualización es la ocupación, no la industria. El mercado laboral está segmentado en dos partes diferenciadas: *a)* empleos prioritarios (gerente y empresarios) que están bien pagados y ofrecen estabilidad y buenos ingresos y *b)* ocupaciones secundarias (secretarias y auxiliares) caracterizadas por ser inestables y mal pagadas. Ambos tipos de segmentos pueden encontrarse en la misma industria. Esta «nómina oculta» se adquiere, no por las características del capital humano, sino por la habilidad de un grupo ocupacional para controlar su mercado y exigir con éxito sus beneficios. Las personas empleadas en las ocupaciones secundarias es menos probable que estén cubiertas por una pensión y además reciben ingresos menores (De Viney y Solomon, 1995). Tanto la economía dual como la segmentación del mercado laboral explican las diferencias de género en los ingresos, en la medida en que las mujeres tienden a estar concentradas en las ocupaciones secundarias del sector periférico.

3) Con relación a la coyuntura familiar las *demandas familiares* son también elementos clave en la medida en que pueden determinar la historia laboral de las mujeres y, por lo tanto, tienen un impacto sobre sus ingresos en la vejez. Las mujeres, al revés que los hombres, pueden haber interrumpido su historia laboral debido a las responsabilidades de crianza. Además, el número de criaturas que tiene una mujer puede afectar su jubilación en, al menos, dos aspectos: *a)* las pensiones se cobran por servicios continuados y *b)* la ausencia del mercado laboral se paga de manera que las mujeres cuando se quieren reincorporar se encuentran sobrepasadas por la gente más joven que se mantiene preparada y actualizada.

4) En cuanto a la *historia marital* las mujeres socializadas en modelos tradicionales de dependencia pueden fácilmente encontrarse con acontecimientos vitales que reduzcan dramáticamente su situación económica (Burkhauser y Duncan, 1989), como pueden ser el divorcio, la separación o la muerte del esposo, situaciones que tienen consecuencias negativas prolongadas sobre el bie-

nestar económico en la vejez (Holden y Smock, 1991). Weitzman (1985) informa de que las mujeres divorciadas y sus criaturas experimentan un descenso del 73% en su nivel de vida, durante el primer año del divorcio, debido a la pérdida de los ingresos del marido. Mientras el divorcio puede ser un desastre financiero para las mujeres (Weitzman, 1985), los hombres experimentan una mejora en su estatus económico (Holden y Smock, 1991). A pesar de que las divorciadas jóvenes pueden compensar parcialmente la pérdida de ingresos del marido, a las mujeres mayores y las de mediana edad divorciadas les puede resultar difícil iniciar nuevas carreras, especialmente si han sido amas de casa a tiempo total. Incluso en el caso de que estas mujeres tengan una profesión remunerada la posibilidad de aumentar sus ingresos es casi nula a causa del tipo de trabajos en los que la mayoría de ellas se encuentran (Uhlenberg, Cooney y Boyd, 1990). Otros hechos influyen también en la precaria situación económica de las mujeres, como son el alto porcentaje que entra en el mercado laboral pensando en complementar la economía familiar o simplemente autoabastecerse y las que, durante periodos importantes de su vida, son cabeza de familia, sin pareja (Whittelsey, 1993).

La *Older Women's League* (1990) prevé que la pobreza seguirá extendiéndose en los próximos años entre las mujeres ancianas que viven solas, las divorciadas, las viudas o las solteras, por lo que propone un sistema de seguridad social más equitativo y sobre todo el papel de la educación como principal promotora de una mejor situación económica de las mujeres en la vejez. Si las mujeres fueran conscientes, en una edad temprana, de cuál será su situación financiera en la jubilación, probablemente se plantearían una previsión y podrían planificarse de acuerdo a ella (Perkins, 1995).

Tradicionalmente las mujeres no han planificado su retiro, tanto por razones institucionales y sociales como por motivos inherentes a las propias mujeres. Muchos factores contribuyen a la falta de planificación para la jubilación, por ejemplo, el temor a envejecer y las consecuencias de ejercer roles tradicionales en la sociedad, son cuestiones que enfatizan la inferioridad, la dependencia y la pasividad (Dowling, 1981 y Sontag, 1972). Quizás como resultado de una socialización del rol las mujeres siguen creyendo que serán cuidadas en la vejez; aunque los datos indican que no es así.

Para terminar con el círculo de la pobreza las mujeres necesitan planificar de forma más agresiva los años posteriores a la jubilación. Las mujeres de todos los estatus sociales deben emplearse enérgicamente en asegurar que pueden y deben tener seguridad financiera en la vejez. La planificación antes de la jubilación es una necesidad crítica para las mujeres (Perkins, 1992) ya que es un importante componente de su seguridad financiera. El desnivel entre los ingresos de hombres y mujeres puede aumentar en la jubilación, debido a que los ingresos de las pensiones se basan en la duración del tiempo de empleo a lo largo de la vida. Por lo tanto, la planificación de la jubilación por parte de las mujeres determina su seguridad futura en la vejez.

Factores como la situación civil, la elección de trabajo, la historia laboral, la edad, el nivel educativo alcanzado, la independencia financiera de las criaturas, el nivel de ingresos, la cantidad de dinero que se ha ahorrado a lo largo de

los años, la composición de la familia y los arreglos en el reparto de responsabilidades y de tiempo para trabajar fuera de casa, cada uno por sí mismo y cada uno en relación con los restantes, son factores que tienen un gran impacto sobre los ingresos por jubilación de la mujer y deben ser considerados en el proceso de planificación. Entre todos ellos, la continuidad en el empleo es el factor básico de la historia laboral, el que tiene más importancia sobre la economía en la vejez. El nivel del sueldo permite un mayor o menor nivel de ahorro. Las criaturas son un predictor tan importante como la historia laboral; la dependencia financiera de éstas tiene una influencia directa sobre la capacidad de ahorrar. La situación civil, la vivienda y la salud son factores que influyen en cómo viven las mujeres mayores. La coyuntura marital determina la situación financiera de las mujeres y, necesariamente, tiene relación con la calidad de la vivienda que pueden tener.

Puesto que la pobreza es extremadamente alta entre las mujeres mayores, todos estos elementos deben ser utilizados en la planificación financiera y de la jubilación, al interpretar las circunstancias que las mujeres encuentran durante la edad adulta que afectan sus ahorros y dinero para la jubilación. Todos ellos son aspectos básicos a tener en cuenta para desarrollar programas educativos dirigidos a las mujeres de todas las edades, que les ayuden a comprender mejor la responsabilidad que tienen en la consecución del dinero de su jubilación, la satisfacción resultante y el impacto de las decisiones que se toman en momentos cruciales de la vida relacionadas con la educación, la ocupación, la historia laboral, las criaturas y la situación civil (Kokrda y Cramer, 1996).

Conclusiones

Para el estudio y la explicación de la segunda parte de la vida de las personas, la investigación y la teoría psicogerontológica y evolutiva tienen planteados, pues, numerosos retos para dar cuenta de la complejidad del proceso de envejecimiento en la población femenina y masculina. En los próximos años van a variar sustancial y radicalmente muchos de los elementos que en este momento concurren en las personas mayores. Entre otras cosas porque se producirá un aumento significativo en la población mayor; población que va a tener unas características claramente diferentes a la que hasta el momento ha servido de referente a los estudios evolutivos de que disponemos actualmente. Población diferente por diversas razones: 1) el aumento de la esperanza de vida va a ir acompañado de unos estándares de salud mucho mejores y 2) las mujeres mayores de los próximos 20 años, beneficiarias de las nuevas posiciones feministas, se enfrentarán a la vejez con experiencias laborales, económicas, familiares, de poder y estatus diferentes a las de sus predecesoras y, por lo tanto, dispondrán de mayores recursos económicos, sociales e intelectuales que ellas. Todo ello exigirá una redefinición de los roles tradicionales relativos a la pareja, la familia, el trabajo remunerado, el dinero, el sexo, etc. y con ello se abren numerosos interrogantes planteados a la psicología evolutiva con el objetivo de conocer el nuevo signifi-

cado de las transiciones en la vida de las mujeres y de los hombres, a lo largo de todo el ciclo vital.

Tarea ciertamente ardua, pero emocionante, en la que la investigación psicológica deberá conceptualizar de nuevo los marcos teóricos con los que hasta hoy se ha explicado el desarrollo y desprenderse de viejos esquemas unificados, negativos, patriarcales y androcéntricos que han servido para hacer invisibles a las personas en la última etapa de la vida y, en especial, a las mujeres, desde mucho antes.

REFERENCIAS

- Anderson, M. (1983). *Thinking about Women. Sociological and Feminist Perspectives*. New York: Macmillan.
- Arber, S. & Ginn, J. (1990). The Meaning of Informal Care: Gender and the Contribution of Elderly People. *Ageing and Society*, 10 (4), 429-454.
- Arber, S. y Ginn, J. (1996). *Relación entre género y envejecimiento*. Madrid: Narcea.
- Barnett, R.C. & Baruch, G.K. (1978). Women in the middle years: A critique of research and theory. *Psychology of Women Quarterly*, 3, 187-197.
- Burkhauser, R.V. & Duncan, G.J. (1989). Economics risks of gender roles: Income loss and life events over life course. *Social Science Quarterly*, 70 (1), 3-23.
- Butler, R. (1969). Ageism: Another Form of Bigotry. *The Gerontologist*, 9, 243-246.
- Butler, R. (1993). Dispelling ageism: The cross-cutting intervention. *Generations, Spring/Summer*, 75-78.
- Connidis, I.A. & McMullin, J.A. (1993). To have or to have not: Parent status and the subjective well-being of older men and women. *The Gerontologist*, 33, 630-636.
- Covey, H. (1988). Historical terminology used to represent older people. *The Gerontologist*, 28, 291-297.
- Cross, S.K. & Lovett, J.E. (1994). Women's Collective Meanings of Menopause: A Content Analysis. *Journal of Women & Aging*, 6 (1/2), 187-212.
- De Viney, S. & Solomon, J.C. (1995). Gender Differences in Retirement Income: A Comparison of Theoretical Explanations. *Journal of Women & Aging*, Vol.7 (4), 83-100.
- Dowling, C. (1981). *The cinderella complex: Women's hidden fear of independence*. New York: Summit Books.
- Dressel, P.L. (1991). Gender, race and class: Beyond the feminization of poverty in later life. In M. Minkler & C.L. Estes (Eds.), *Critical Perspectives on Aging: The Political and Moral Economy of Growing Old*. New York: Baywood.
- Erikson, E.H. (1950). *Infancia y Sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Erikson, E.H. (1968). *Adulthood*. New York: Norton.
- Featherstone, M. & Hepworth, M. (1989). Ageing and old age: Reflections on the postmodern life course. In B. Bytheway, T. Keil, P. Allatt & A. Bryman (Eds.), *Becoming and Being Old: Sociological Approaches to Later Life*. London: Sage.
- Fink, P.J. (1988). Psychiatric myths of menopause. In B.A. Eskin (Ed.), *Menopause: Comprehensive management*. New York: Macmillan.
- Freixas, A. (1991). Autopercepción del proceso de envejecimiento en la mujer entre 50 y 60 años. *Anuario de Psicología*, 50 (3), 67-78.
- Freixas, A. (1992 a). La menopausia en el contexto de la mediana edad. *Revista de Gerontología*, 4 (2), 244-249.
- Freixas, A. (1992 b). El impacto de la menopausia en la vida de la mujer. Reflexiones personales. *Revista de Gerontología*, 4 (2), 251-256.
- Gilligan, C. (1982/1985). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México: FCE.
- Gutmann, D. (1987). *Reclaimed Powers: Toward a New Psychology of Men and Women in Later Life*. New York: Basic Books.
- Hammond, J. M. (1995). Multiple Jeopardy or Multiple Resources? The Intersection of Age, Race, Living Arrangements, and Education Level and the Health of Older Women. *Journal of Women & Aging*, Vol. 7 (3), 5-24.
- Helterline, M. & Nouri, M. (1994). Aging and Gender: Values and Continuity. *Journal of Women & Aging*, Vol 6 (3), 19-37.
- Hibbard, J.H. (1995). Women's Employment History and Their Post-Retirement Health and Resources. *Journal of Women & Aging*, Vol 7 (3), 43-54.

- Holden, K.C. & Smock, P.J. (1991). The Economic Costs of Marital Dissolution: Why Do Women Bear a Disproportionate Cost? *Annual Review of Sociology*, 17, 51-78.
- Kaufert, P.A. & Gilbert, P. (1986). Women, menopause, and medicalization. *Culture, Medicine and Psychiatry*, 10, 7-22.
- Keith, P. & Schafer, R. (1982). Employment status, household involvement and psychological well-being of men and women. *International Journal of Sociology of the Family*, 12 (1), 101-110.
- Kokrda, E. A. & Cramer, S. (1996). Factors Affecting Retirement Savings of Women in the 50s Age Cohort. *Journal of Women & Aging*, 8 (1), 33-44.
- Levinson, D.J. (1978). *The seasons of a man's life*. New York: Knopf.
- Matthews, K.A., Wing, R.R., Kuller, L.H., Meilahr, E.N., Kelsey, S.F., Costello, E.J. & Caggiula, A.W. (1990). Influences of natural menopause on psychological characteristics and symptoms of middle-aged healthy women. *Journal of Consulting Clinical Psychology*, 58, 345-351.
- McKinlay, S.M., McKinlay, J.B. & Avis, N.E. (1989). The Massachusetts women's health study: A longitudinal study of health of middle-aged women and the epidemiology of menopause. *Psychology of Women*, 16, 3-4.
- Oakley, A. (1974). *The Sociology of Housework*. London: Pitman Press.
- Older Women's League (1990). *Heading for hardship: Retirement income for american women in the next century*. Washington, D.C.: Older Women's League.
- Palmore, E.B. (1990). *Ageism negative and positive*. New York: Springer.
- Perkins, K. (1992). Psychosocial implications of women and retirement. *Social Work*, 37, 527-533.
- Perkins, K. (1995). Social [In]security: Retirement Planning for Women. *Journal of Women & Aging*, Vol.7 (1/2), 37-53.
- Rossi, A. (1980). Life span theories and women's lives. *Signs*, 6 (1), 4-32.
- Sontag, S. (1972). The double standard of aging. *Saturday Review of the Society*. September, 22-38.
- Tinsley, E.G., Guest, S. S. & McGuire, J. (1984). Feminine Sex Role and Depression in Middle-aged Women. *Sex Roles*, 11, 25-32.
- Uhlenberg, P., Cooney, T. & Boyd, R. (1990). Divorce for women after midlife. *Journal of Gerontology*, 45, 3-11.
- Weitzman, L.J. (1985). *The divorce revolution*. New York: Free Press.
- White, L. & Edwards, J. (1990). Emptying the nest and parental well-being: An analysis of national panel data. *American Sociological Review*, 55, 235-242.
- Whitlsey, F.C. (1993). *Why women pay more*. Washington: Center for Study of Responsive Law.